

El Pez y la Flecha. Revista de Investigaciones Literarias,
Universidad Veracruzana,
Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, ISSN: 2954-3843.
Vol. 5, núm. 12, mayo-agosto 2025, Sección Redes, pp. 202-218.
DOI: <https://doi.org/10.25009/pyfril.v5i12.220>

Tradición y cambio: revistas de historia en México a mediados del siglo XX

Tradition and Change: Magazines of History in Mexico in the Mid-twentieth Century

Alexandra Pita González
Universidad de Colima, México

ORCID: 0000-0003-1211-0365
apitag@ucol.mx

Recibido: 12 de febrero de 2025
Dictaminado: 25 de febrero de 2025
Aceptado: 12 de marzo de 2025



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 2.5 México.

Tradición y cambio: revistas de historia en México a mediados del siglo xx

Tradition and Change: Magazines of History in Mexico in the Mid-twentieth Century

Alexandra Pita González

RESUMEN

Las revistas han sido un objeto de múltiples interpretaciones desde distintas disciplinas y sus nomenclaturas, así como sus características, siguen siendo objeto de debates. De lo que no cabe duda es que ya son un objeto de estudio autónomo y que merece seguir siendo explorado. En este caso, la intención es provocar un debate sobre las revistas académicas de un período inicial en nuestro país —a mediados del siglo xx. Tomamos como ejemplo la *Revista de Historia de América*, fundada por el historiador Silvio Zavala, en 1938, para transformar la práctica de historiar desde una nueva perspectiva científica. La función reflexiva de este texto hace que la intención no sea explayarnos sobre esta publicación, sino preguntarnos sobre cómo surgen las revistas académicas y a partir de eso pensar qué comparten con los otros tipos de revistas. Como reflexión final, planteamos que, a diferencia de lo que observamos en las revistas académicas actuales, sus predecesoras de mediados del siglo xx tenían más en común con las otras publicaciones de la época que con las actuales revistas científicas.

Palabras clave: revistas; historia; revistas académicas; identidad.

ABSTRACT

Journals have been the subject of multiple interpretations from different disciplines and their nomenclatures, as well as their characteristics, continue to be the subject of debate. What is certain is that they are already an autonomous object of study and deserve to be further explored. In this case, the intention is to provoke a debate on academic journals from

an early period in our country –mid-20th century. We take as an example the *Revista de Historia de América*, founded by the historian Silvio Zavala, in 1938, to transform the practice of history from a new scientific perspective. The reflective function of this text means that the intention is not to expand on this publication, but to ask how academic journals emerge and from that, to think about what they share with other types of journals. As a final reflection, we suggest that, unlike what we observe in current academic journals, their predecessors from the mid-20th century had more in common with other publications of the time than with current scientific journals.

Keyword: Magazines; History; Academic Journals; Identity.

INICIO

Antes de entrar en materia, quisiera aprovechar esta breve introducción para que, a manera de respuesta a la invitación recibida para participar en este conjunto de textos, pueda esbozar algunas ideas generales en torno al interesante objeto de estudio llamado revista.

De inicio, me provoca explicar que las revistas han sido un objeto de múltiples interpretaciones tanto de la literatura como de la historia. A quienes las estudiamos nos preocupan muchas cosas de ellas: por qué nacen, por qué mueren, quiénes la conformaron –¿fueron éstos un grupo, una red intelectual?–, qué es lo que define más su perfil –dicho de otro modo, ¿cuál era su sensibilidad? Y a partir de ahí, preguntarnos qué tipo de vínculo entre cultura y política se establece. Esto entre muchas otras preocupaciones que nos han ocupado durante las últimas décadas desde que este pequeño objeto textual se ha convertido en una vía de entrada para entender el que sigue siendo, al fin y al cabo, nuestro finalísimo objetivo: comprender, al menos en parte, el mundo letrado.

Del boom de los estudios de las revistas literarias a las culturales, pasando por las militantes y políticas, que se diferencian de las ilustradas –o ilustrativas a través del lenguaje iconográfico–, no existe un consenso sobre las definiciones sobre qué es cada una de estas revistas. Considero que esta confusión tiene relación con el

curso que tomaron los estudios sobre publicaciones. No es casual que los estudios hayan comenzado desde la literatura y no de la historia o la sociología, es decir, desde la historia de la literatura y la crítica literaria estudiaban revistas literarias. Tiempo después, el estudio de la prensa periódica se complejizó cuando se involucraron otras áreas, como la historia de la prensa, la historia cultural e intelectual. Desde la literatura también comenzó a observarse que ni las publicaciones más estrictamente estéticas estaban ausentes de la tensión política y cultural, por lo que era necesario verlo de manera articulada. Por esto, actualmente se puede encontrar estudios que sobre una misma publicación la llamen de manera distinta o que se agrupen como revistas literarias y culturales.

Sin embargo, y como menciona Ricardo Melgar (2023) al poner el dedo en la llaga abierta por los debates siempre inconclusos sobre estas definiciones, las categorías no son casuales y están atravesadas por un factor ideológico. Por ello, las revistas, cualquiera sea el nombre con que las bauticemos al analizarlas, son una “configuración arbitraria de múltiples significaciones ideológico-culturales, políticas y estéticas” (p. 27).

Lo cierto es que, como afirma Anick Louis (2018), la revista se ha convertido en un “objeto autónomo”, en cuanto estas publicaciones no se estudian en función de un autor, de una ideología, de una época, sino en tanto objeto simbólico productor de relaciones e ideología, y no significa en ningún caso aislar las revistas de sus contextos de producción. Por otra parte, interesarse en revistas o publicaciones periódicas porque éstas fueron dirigidas por algún escritor que uno estudia, o porque un escritor célebre participó en ellas, no impide considerarlas un objeto autónomo (pp. 27-29). Estas ideas nos hacen recordar la importancia de que, incluso para definir nuestro objeto de estudio, es necesario tener en cuenta la temporalidad, no sólo en cuanto a los años transcurridos durante su publicación, sino en cuanto a la estrecha relación con su historicidad, es decir, aquello que nos permite adentrarnos en sentidos implícitos y darle sentido a las experiencias que estas publicaciones tienen sobre su impronta en el tiempo. Por todo esto, es imposible pensar que estudiar una revista es un simple acto de transcripción

de un conjunto de textos puestos en unas páginas comunes. ¿Serán este tipo de ideas fragmentarias aplicables al pensar las revistas académicas? Estas publicaciones no han sido suficientemente abordadas porque se encuentran en una transición. Para iniciar un debate al respecto, lanzamos una idea inicial a contrastar: las revistas académicas en México, durante un período formativo, pueden ser estudiadas con las mismas herramientas que las otras publicaciones previas y contemporáneas. Comparten con los otros tipos de revistas su deseo explícito de formar una opinión entre la sociedad letrada —y especializada. A diferencia de lo que observamos —y vivimos cotidianamente— en las revistas académicas actuales, sus predecesoras de mediados del siglo xx tenían más en común con las otras publicaciones de la época que con las actuales. Pero iniciemos con una breve explicación de qué son las revistas académicas.

LAS REVISTAS ACADÉMICAS, ¿UN OBJETO DE ESTUDIO PARTICULAR?

Responder a esta pregunta no es sencillo, porque las revistas académicas han sufrido numerosos cambios desde sus orígenes hasta nuestros días. En los últimos años, el cambio se ha vuelto vertiginoso y, sobre todo, abrumador. Las métricas, el marcaje, la migración de datos preocupan a los equipos editoriales, que al tiempo intentan mantener su sentido de pertenencia, su filiación a una determinada tradición y continuar con su intención formativa a nivel disciplinar. Cuestionar los alcances y límites de esta nueva etapa está fuera de los objetivos de este texto, pero es necesario su mención para recordar que en la historia de las publicaciones es necesario identificar etapas significativas dentro del proceso general, momentos que, a manera de cortes, irrumpen en el tiempo y nos permiten identificar cambios que tienen repercusiones significativas. Pero el carácter coyuntural nos recuerda que leer analíticamente una revista requiere, de inicio, preguntarse de manera sincrónica cuándo y por qué aparece, así como de manera diacrónica tener en cuenta qué significa en la evolución de un discurso social plasmado en papel.

De esta primera observación, se deriva otra, más específica, respecto a la esencia de las revistas académicas —y que marca un claro contraste con otro tipo de revistas—: los cambios están asociados

no sólo con las dinámicas internas del campo intelectual y de las prácticas profesionales, sino indiscutiblemente con procesos de institucionalización. Éstos se vinculan a nivel nacional con las políticas públicas que dirigen en un momento determinado las directrices oficiales que impactan en el ámbito académico. A nivel internacional, el panorama se vuelve más complejo y al mismo tiempo difuso, pero no puede dejar de tenerse en cuenta al menos como tendencias que en algún momento deberán ser discutidas a nivel local.

Para entender este entrecruce de variables y escalas, es necesario poner bajo la lupa un objeto que permita enfocar la mirada. En este caso, no se eligió tratar sobre la revista *Historia Mexicana*, como los demás artículos que componen este número especial. Se hablará, en cambio, de una publicación anterior, la *Revista de Historia de América*, fundada, en 1938, por el historiador mexicano Silvio Zavala. El porqué de esta elección se relaciona con la idea de partida —o hipótesis—, a saber: la emergencia de las revistas académicas especializadas en historia que observamos a mediados del siglo xx se relaciona directamente con el cambio que inició a fines de la década de 1930, cuando inicia un aceleramiento de la profesionalización de la historia como disciplina gracias a factores políticos internos y externos, como la consolidación del régimen revolucionario durante el gobierno de Cárdenas y el impacto de la Guerra Civil Española. La historia como ciencia comenzó a caracterizarse por un nuevo lenguaje histórico, de corte liberal, no exento de nacionalismo (Zermeño, 2013, pp. 1695-1697). Las revistas son una parte sustancial de este proceso y no un mero reflejo, porque legitiman la institucionalidad y promueven el cambio disciplinar. El énfasis sobre el carácter institucional de las revistas es una reflexión que surge tanto de mi propio análisis como de la lectura de otros colegas que han reflexionado sobre lo institucional. En especial, surge de una idea planteada por Jorge Schwartz y Roxxana Patiño (2004). Para otros autores, existe una clara diferencia entre las revistas que son una expresión de formaciones intelectuales y artísticas —y por tanto irrumpen en una coyuntura a través de innovaciones— y otras que, más ligadas a la tradición, son institucionales, porque dependen de un ámbito académico oficial. En este caso, llegan a afirmar

que las revistas “funcionan como una institución, impartidora tradicional de una legitimidad cultural” (p. 649).

Como se muestra en las siguientes páginas, la *Revista de Historia de América* generó un modelo –a seguir o a confrontar– de lo que debía ser una revista científica que se dedicara a formar el perfil del historiador investigador. Temporalmente, este trabajo se sitúa entre los años de 1938 y 1950, correspondientes a los primeros doce años de vida de la publicación. Cabe aclarar que la finalidad de este texto no es analizar la revista, para lo cual hemos dedicado otro trabajo más extenso (Pita & Grillo, 2021), sino exponer algunos aspectos para comprender algunos de los caracteres de esta revista que consideramos marcaron un camino para reflexionar sobre las características de este tipo de formación en papel.

FORMACIÓN EN PAPEL

Durante la década de 1920, las revistas en México se multiplicaron en número y forma, en respuesta a un mercado editorial en expansión tras la revolución. Convivían las comerciales y las de empresas con las literarias, artísticas y/o culturales, mientras que las científicas se transformaban en académicas. Pese a esta diversidad y sus consecuentes giros, todas tenían la intención de formar a través del papel a un sector de la opinión pública, más o menos especializado. Eran intervenciones sociales en búsqueda de consolidar un proyecto. Además, en todas se observaba la desigualdad centro-periferia, al concentrar en la capital el grueso de las publicaciones y dejar que en provincia se publicara a cuentagotas. Para bien y para mal, la historia que tramaban estas publicaciones continuaba narrándose desde la capital.

Demos un vistazo panorámico. Junto a las clásicas revistas literarias que habían marcado el campo intelectual desde el modernismo, el cual puede ser visto a través de algunas revistas representativas –*Revista Azul*, *Revista Moderna*, *Revista Moderna de México* y *Savia Moderna*–, surgen nuevas publicaciones en la década de 1920 –como *México Moderno* (1920-1922)–, que actualizan esa tradición. Otras se contraponían, respondiendo a su carácter de vanguardia: *Irradiador* (1923), *Horizonte* (1926-1927), *Ulises* (1927-1928), *Con-*

temporáneos (1928-1931). Pese a sus diferencias, compartían el ser expresión de jóvenes que respondían a tendencias artísticas y literarias en un ambiente ideológico de debate posrevolucionario. Por su carácter programático, de intervención social y su intención de entender la cultura en un sentido más amplio y articulado con la política, en esta década se puede ver el inicio de lo que conocemos como revistas culturales. Otro tipo de revistas había aparecido en la década de 1920, de la mano —o influenciadas por— de Vasconcelos en su afán educador: *El Maestro. Revista de cultura nacional* (1921-1923), *La Falange. Revista de cultura latina* (1922-1923) y *La Antorcha*. Aunque dirigida a lectores distintos, compartían las intenciones de consolidar una política cultural nacionalista (Ibarra, 2018).

La década de 1930 trajo nuevos cambios. El paso político que significó el fin de la era de Calles y el ascenso de Cárdenas no frenó la creciente injerencia del gobierno posrevolucionario, sino que la aceleró. En lo que respecta a las publicaciones periódicas, es evidente que el mundo editorial despegó, aunque esto no estuvo exento de una buena dosis de control oficial.¹

Algunas revistas literarias y culturales sobrevivieron; otras varias se fundaron —como *Ábside. Revista de cultura mexicana*, fundada por Gabriel Méndez Plancarte. Junto a ellas, apareció otro tipo de publicación periódica, conocida como revistas ilustradas, que, si bien pueden encontrar un antecedente en los suplementos culturales de los periódicos *Excelsior* y *El Universal* —*Revista de Revistas* y *El Universal Ilustrado*, respectivamente—, innovaba en una serie de aspectos técnicos y de contenido al generar un periodismo de opi-

¹ Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, se crearon instancias reguladoras para ejercer control, sin limitar la expresión: PIPSA (Productora e Importadora de Papel), DAPP (Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad) y la alianza con el movimiento obrero. La primera se fundó en septiembre de 1935 para garantizar el suministro a precios bajos para los editores. Se trataba de una empresa paraestatal en la que se dividían las acciones entre el gobierno y los editores. Se creó para apoyar a los editores al garantizar el papel. Por su parte, el DAPP se creó por decreto, también en diciembre de 1936, para ser un órgano de expresión del poder ejecutivo. Mediante boletines oficiales, compraba espacios en los periódicos “afines” al gobierno, con lo cual subsidiaba de alguna forma estos medios y, al mismo tiempo, los controlaba (González, 2006, p. 106).

nión a través de la imagen —como la revista *Hoy*, fundada por José Pages, en 1937.

En esta década, también se observa un fuerte impulso de las revistas académicas, las cuales gozaban de una fuerte tradición, dentro y fuera de México, como órgano de expresión de una disciplina, sociedad científica o institución. Cabe recordar que, desde sus orígenes europeos, este tipo de publicación se caracterizaba por ser un instrumento de comunicación, de debate y de control del conocimiento científico. Sus orígenes se remontan al siglo XVII en Europa, pero sus características se transformaron rápidamente: de ser cartas intercambiadas entre científicos a la difusión de la crítica de los libros publicados y la publicación de descubrimientos originales e inéditos. Estuvo asociado directamente a las sociedades científicas de París y Londres, para divulgar los descubrimientos mediante un sistema de correos entre científicos. Este formato dio paso a los comentarios donde se evaluaba o juzgaba, el cual fue publicado. Esta circulación aumentó al ritmo de la propagación de la ciencia, por lo que surgieron los primeros *journals* académicos dependientes de estas sociedades científicas: el *Journal de Sçavans* (Francia) y el *Philosophical Transactions of the Royal Society* (Inglaterra). Poco después, aparecieron, en Italia, *Literratti de Italia* y, en Alemania, *Miscellanea Curiosa*. En ellas, se ofrecían resúmenes críticos de los nuevos libros y artículos de los autores que publicaban los descubrimientos más recientes —que aún no se encontraban en los libros. Para mantener la originalidad sobre lo que se publicaba, comenzó a citarse las referencias que habían sido útiles como antecedentes. En el continente, fue México el primero en publicar, en 1772, el *Mercurio Volante*, revista ilustrada que divulgaba avances científicos, tanto de medicina como de física. Casi un siglo después apareció la *Gaceta Médica de México* (Mendoza & Paravic, 2006, pp. 50-53). Así, desde la conformación de los estados nacionales en América Latina la vida de estas revistas se vio influenciada por los cambios en las políticas educativas, la regulación de la educación superior y los movimientos sociales y políticos que giraron en torno a las universidades (Girón, 2006, pp. 157-162).

En México, la antropología y la historia disfrutaron de un nuevo impulso durante la década de 1930, al organizarse congresos, sociedades y nuevas revistas, al tiempo que se sistematiza la enseñanza y sus representantes asumen cargos relevantes. Este período —que cierra, para algunos, hasta 1951— es el de la profesionalización de ambas disciplinas, desarrollo palpable incluso para sus contemporáneos (Jiménez, 1952, pp. 451-452). Como política de estado, la profesionalización de historiadores comienza en 1935, con la creación de departamentos, instituciones, escuelas, por lo que para 1938 se puede decir que la historia “cobró autonomía disciplinar”, separándose de letras, geografía, antropología entre otras (Pinal Rodríguez, 2016, p. 193).

Al decir de Luis González (1965), “la Revolución institucionaliza sus planes de reforma”, dando espacios —físicos y simbólicos— a instituciones nuevas, por lo que “se mima a la ciencia de la historia y su historia” (p. 197), por lo que los seminarios se multiplicaron para dar lugar a debates sobre cómo se investigaba y se escribía en la disciplina: la historiografía. Aparecieron editoriales como Porrúa, Fondo de Cultura Económica —con su publicación periódica *El Trimestre Económico*, desde 1934—, Jus, la imprenta de la Universidad de México. Se fundan instituciones: Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (1935), la Casa de España (1938), el Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939), el Colegio de México (1940); y como expresión de este cambio de ideas, se crean también publicaciones periódicas especializadas: *El Boletín del Archivo General de la Nación* (1930), *Ábside* (1937), la *Revista de Historia de América* (1938), *Divulgación Histórica* (1939), la *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras y Cuadernos Americanos* (1941) (pp. 197-198).

UNA REVISTA CIENTÍFICA DE HISTORIA AMERICANA

En 1937, los historiadores Silvio Zavala y Lewis Hanke visitan al geógrafo Pedro Sánchez, director del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, para proponerle fundar una publicación de historia de alcance continental. Su primer nombre fue el de *Revista de Estudios Históricos*, pero pronto fue reemplazada por el de *Revista*

de Historia de América, para enfatizar probablemente el carácter continental. Al año siguiente, se publicó el primer número de una larga serie, que llega hasta la actualidad. Durante sus primeros diez años de vida, la publicación incentivó un intenso intercambio académico a nivel regional, sostenido por las redes intelectuales del equipo editorial y el consejo directivo. Esta circulación de ideas fue relevante para delinear, junto a otros espacios institucionales, el perfil del historiador. Para alcanzar este fin, la revista se preocupó por incluir en sus páginas artículos que cumplieran con un estricto aparato erudito y documental. Sus páginas empero estaban más ocupadas por otro tipo de textos: las reseñas y las largas listas de bibliografía, que colocaban datos mínimos sobre libros y revistas. Ambos tenían, a su manera y extensión, la necesidad de cumplir con crear una biblioteca para el historiador, es decir, de señalar qué se producía, dónde y si era valioso para aprender el arte del historiador.

Era necesario reseñar numerosos libros, a lo que se sumó una extensa sección de notas bibliográficas, en las que se daba cuenta de artículos y libros publicados de y sobre la historia de los países de América. La voluminosa sección cumplía, junto con la de reseñas, con la función de crear un juicio sobre lo que era conveniente ser leído.

Para completar esta biblioteca del historiador, Zavala requirió de la colaboración de historiadores y bibliógrafos que desde sus países seleccionaran esta información y al mismo tiempo generaran nueva. Entre los personajes más involucrados, podemos mencionar, además del propio Zavala, a Lewis Hanke, Rafael Heliodoro Valle, Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé, José Torre Revello, Francisco Monterde y Ernesto de la Torre Villar. Pese a sus diferencias de edades y nacionalidades —e incluso interpretativas—, acordaban en un punto: profesionalizar la historia como disciplina científica, que a manera tutelar y experimental señale el predominio de la crítica documental (Pita & Grillo, 2021). Esto fue explicitado en los propósitos del primer número de la publicación: crear un espacio científico donde los investigadores mostraran un trabajo metódico que los separara de los amateurs y cronistas, para ubicar a los historiadores en un estatus de ciencia. Dado el interés en profesionalizar este quehacer antiguo, las secciones de la revista

formaban al lector/estudioso al ofrecerle una variada información a través de artículos, reseñas, noticias —necrológicas, institucionales y otras—, notas de libros y revistas. Al tener un alcance continental, esta información permitiría enriquecer la mirada local, contrastando con lo que se producía en otras latitudes. De manera indirecta, esto ponía un límite al nacionalismo a ultranza, leído como una limitación no del sentido de nación, sino del historiador que se encerraba en su pequeño mundo. Para ser más convincente, Zavala (1938) afirmó en esta presentación que entre lo nacional y lo regional no existía contradicción, sino complementariedad, al ofrecer “el conocimiento de los problemas del Continente, para escribir con mayor acierto las historias nacionales” (p. 1).

La nueva publicación era financiada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, lo cual aseguraba, según Zavala (1938), la “honradez de los propósitos” (p. 1). El carácter regional de la publicación otorgó mayor libertad para delinear lo que debían ser los estudios históricos, superando los límites de las producciones en cada país. Además, esto garantizaba que se mantuviera una finalidad “puramente científica”, lo que era una preocupación para Zavala, quien señaló en más de una ocasión que la práctica del historiador debía alejarse de viejas prácticas y abrazar una nueva forma científica de la investigación histórica (p. 1).

Esta revista y sus propósitos pueden ser entendidos como una herencia, una adaptación, en tierras mexicanas, de lo aprendido por Zavala en sus años formativos en España, donde se relacionó con la Institución Libre de Enseñanza y la Universidad Central de Madrid y estableció un lazo fuerte con Francisco Giner de los Ríos y Rafael Altamira. Además, en esos años Zavala se relacionó con dos publicaciones periódicas: *El Boletín del Instituto* y la revista *Tierra Firme*.² De ellas, aprendió la necesidad de crear un espacio

² *Tierra Firme* fue una revista trimestral. Su primer número (1935) contiene artículos, documentos y notas. Con la finalidad de estrechar lazos entre España e Hispanoamérica, impulsó el americanismo que desarrollaba el Centro de Estudios Históricos. En sus páginas, participaron filólogos, historiadores y humanistas. Dedicada a la investigación científica, señalaba en su primer número: “queremos sustituir la retórica y divagación con que se han tratado los más vitales temas hispánicos por el dato exacto y la comprensión

editorial especializado, científico, para una minoría selecta de investigadores. Esta similitud, que no pasó desapercibida para dos amigos de Zavala, que habían compartido con él su experiencia de aprendizaje en España –Ángel Rosenblat y Baltazar Isaza–, que encontraron similitudes entre *Tierra Firme* y la *Revista de Historia de América*, así como entre las exigencias de aquella historia aprendida con la nueva que buscaba transmitirse a través de la nueva revista (Pita & Grillo, 2021, 34).

No es extraño, entonces, que al lanzar el emprendimiento editorial Zavala realizara una prolija selección de los materiales enviados, para buscar que la publicación cumpliera con estos requisitos académicos. Así, imprimió un modo de practicar la historia como profesión a través del modelo “científico”, que se basaba en la investigación. Para ello, era indispensable seleccionar los miembros del equipo editorial y los colaboradores de la publicación. También fue necesario generar entre los estudiantes de las primeras generaciones del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México el ejercicio de leer críticamente para realizar reseñas. De este modo, la revista, dedicada a formar historiadores vinculados a la investigación, se convirtió en un verdadero “laboratorio de prácticas” (Pita, 2021).

Como recordaría años después uno de sus alumnos, Luis González (1997), en México aún pervivía una “historia de bronce” –ya sea conservadora, liberal o marxista, pero ninguno de ellos utilizaba mucha documentación para probar sus ideas–: “muchos suplían la falta de investigación documental con exaltaciones de patriotismo, encendidas frases de amor a nuestras tres revoluciones” (p. 19). Zavala en cambio, sin ofender a nadie, pero de manera decidida, cambió la manera en que aprendían la historia (González, 1997, pp. 19-20).

más severa.” Estuvo dirigida por Enrique Diez Canedo, aunque el proyecto inicial fue impulsado por Américo Castro. Se publicaron 8 números, pues se interrumpió en 1937, tras iniciarse la guerra civil española.

CIERRE

Este *dossier*, planteó cuatro líneas temáticas para invitar a sus posibles participantes. “Mapa y territorio” se dedicaría a estudios comparativos de estas “casas” —entendidas como revistas—, a través del estudio de lo compartido entre publicaciones y, por ende, entre redes intelectuales, o, al contrario, mediante el enlace que se realiza por la vía confrontativa de la polémica. La otra opción era “Planos de una casa”, metáfora con la que buscaron que pensáramos en estas textualidades y el proceso editorial que la involucra: como una “casa en permanente construcción”. En “Álbum de familia”, la mirada era interna, hacia los miembros de una publicación y sus relaciones. Y por último, una línea temática dedicada a los lectores como una categoría importante y especial al estudiar este tipo de prensa.

No me queda claro si este texto puede inscribirse cabalmente en ninguna de estas provocadoras líneas, pero sí que comparte preocupaciones que atraviesan todas éstas. Por ello, y abusando de la creatividad, quiero dedicar este cierre a pensar en la metáfora de pensar las revistas como una “casa” y, por último, a pensar si las revistas académicas encajan —y hasta qué medida— con esta representación.

Como nos dicen las coordinadoras, “esas casas” no son cualquier construcción, sino espacios donde se acogen familias literarias e intelectuales (Flores & Hernández, 2025, p. 8). Este es un sentido que, si bien trasmite la calidez propia de la familia, lo que nos hace pensar es en la estrecha relación entre los miembros de los colectivos que estuvieron involucrados en una publicación. Después de tantos años de estudiar redes intelectuales y publicaciones, mi impresión es menos optimista o, al menos, recrea una “casa” donde suele persistir más el conflicto que la armonía. Me inspira más pensar en estas “casas” como espacios suficientemente abiertos como para que varios personajes recorran sus metros y se alberguen entre sus paredes, pero no tanto como para que los transeúntes pierdan en este paso una relativa identidad grupal. Así, espacios, vínculos e identidad serían palabras claves para entender estas formaciones en papel. De ser así, se desdibuja un poco el límite entre los múltiples tipos de revistas; o al menos encontramos factores que comparten entre ellas. Esto permite pensar las revistas

académicas de historia, al menos en un período formativo en México a mediados del siglo xx, como una revista/casa.

Aquí es donde recuperamos dos palabras colocadas en el título, que inspiraron este recorrido y no han sido abordadas: tradición y cambio. Por la primera, entendemos aquello que se mantiene a través de las generaciones o, mejor dicho, a pesar de ellas. Sea figurado o real, las revistas crean sus propios mitos de origen y necesitan también del efecto de la tradición para no sucumbir –de inmediato al menos– ante la fuerza contraria, la del cambio, que empuja siempre sin parar en busca de imponer lo nuevo –del signo que esto sea. Las revistas de historia que mencionamos en estas páginas, sobre todo la *Revista de Historia de América*, nos remiten a un inicio donde irrumpe en el mundo académico en México para innovar, no sin tensiones, en la formación de los historiadores. Su identidad positivista es clara, su espacio es novedoso –todo el continente–, gracias a sus vínculos transnacionales. Si lo pensamos así, esta revista/casa tiene más en común con las revistas literarias y culturales que con las revistas científicas actuales, donde estas palabras claves se desvanecen o al menos se modifican, porque esa identidad no está dada por el conjunto de personas que de manera sincrónica publican en cada número, sino por el vínculo que establecen imaginariamente con la revista y su historia. ➤

REFERENCIAS

- FLORES, M. & HERNÁNDEZ SUÁREZ, D. (2025, enero-abril). Nota editorial. *El Pez y la Flecha*, 5(11), 7-8. Xalapa, Universidad Veracruzana. <https://doi.org/10.25009/pyfril.v5i11.202>
- IBARRA, F. (2018, diciembre). La vanguardia y las revistas culturales mexicanas de la década de 1920. *Entre Caníbales, revista de literatura*, 2(9), 91-105. Lima: Pontificia Universidad Católica de Perú.
- GIRÓN LÓPEZ, M. S. (2006). Las revistas académicas como fuentes para la historia y la historiografía de la literatura colombiana. *Lingüística*

- y *Literatura*, 49, 153- 174. Antioquía, Universidad de Antioquía.
<https://doi.org/10.17533/udea.lyl.1906>
- GONZÁLEZ, L. (1965, octubre-1966, marzo 1966). Historia de la Historia. *Historia Mexicana*, 15(2-3), 196-228. Ciudad de México, El Colegio de México.
- GONZÁLEZ, L. (1997). *Homenaje a Silvio Zavala* (pp. 19-20). México: Miguel Ángel Porrúa.
- GONZÁLEZ, S. (2006). *Prensa y poder político. La elección presidencial de 1940 en la prensa mexicana*. México: Siglo XXI/Universidad Nacional Autónoma de México.
- LOUIS, A. (2018). Leer una revista literaria: autoría individual, autoría colectiva en las revistas argentinas de la década de 1920. En R. Corral, A. Stanton & J. Valander (Eds.), *Laboratorios de lo nuevo. Revistas literarias y culturales de México, España y el Río de la Plata en la década de 1920* (pp. 27-53). México: El Colegio de México.
- MELGAR, R. (2025). *Revistas de vanguardia e izquierda militante. América Latina, 1924-1934*. Buenos Aires: Tren en movimiento/CEDINCI.
- MENDOZA, S. & PARAVIC, T. (2006). Origen, clasificación y desafíos de las Revistas Científicas. *Investigación y Postgrado*, 21(1), 49-75. Caracas: Vicerrectorado de Investigación y Postgrado-Universidad Pedagógica Experimental Libertador. <http://historico.upel.edu.ve:81/revistas/index.php/revinpost/article/view/6742>
- JIMÉNEZ, W. (1952, enero-marzo). 50 años de historia mexicana. *Historia Mexicana*, 1(3), 450-455. Ciudad de México, El Colegio de México.
- PINAL RODRÍGUEZ, K. A. (2016). *Vivir para historiar, historiar para vivir. La profesionalización de la historiografía en México, una propuesta revisionista, 1850-1950*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- PITA, A. (2021, julio-septiembre). La *Revista de Historia de América* como laboratorio de prácticas. *Historia Mexicana*, LXXI(1), 17-34. Ciudad de México: El Colegio de México.
- PITA, A. & GRILLO, M. C. (2021). En *Revista de Historia de América. Silvio Zavala y la red de estudios americanistas, 1938-1948*. Buenos Aires: Teseo Press.

- SCHWARTS, J. & PATIÑO R. (2004, julio-diciembre). Introducción. *Revista Iberoamericana*, LXX(208-209), 647-650. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.
- ZAVALA, S. (1938, marzo). Propósitos. *Revista de Historia de América*, 1(1), 1. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- ZERMEÑO, G. (2013, abril-junio). La historiografía en México: un balance (1940-2010). *Historia Mexicana*, LXII(4), 1695-1742. Ciudad de México, El Colegio de México.